

**JUAN SÁNCHEZ-ENCISO**



# UN MONO EN EL ESPEJO

**CURSO AVANZADO DE FILOSOFÍA GENITAL**

(NOVELA)

**POEBOOKS**

JUAN SÁNCHEZ-ENCISO



# UN MONO EN EL ESPEJO

(NOVELA)



Primera edición: septiembre de 2018

© Juan Sánchez-Enciso, 2018  
© PoeBooks, 2018  
Timoteo Padrós, 26  
28200 San Lorenzo de El Escorial (Madrid)  
contacto@poebooks.club  
www.loslibrosnomuerden.com

Diseño, maquetación y edición (cubierta e interiores):  
Miguel Ángel Linares (PoeBooks)



A MIS HIJOS PORQUE SÍ.  
AL CLUB DE LOS CINCO POR RESPIRAR JUNTOS TANTA LITERATURA.  
A MIS ALUMNOS Y ALUMNAS, POR LO QUE ME ENSEÑARON.

Impreso por Printer Portuguesa  
Industria Gráfica SA  
Avenida Major General Machado  
De Sousa, 28, Edificio Printer  
Casais de Mem Martins, 2639-001  
Rio de Mouro, Portugal  
geral@printer.pt



ISBN: 978-84-947133-5-4  
Depósito legal: M-28.534-2018

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.





10



146



198

# UN MONO EN EL ESPEJO



88



234





# LIBRO DEL DESTIERRO

"O ES QUE QUERÍAIS QUE OS DIERA LA OPORTUNIDAD DE SENTIROS SUBLIMES...HALA, A CASCARLA, CABRONES"  
(MANU ENTREVÍAS)



## UNO.UNO

LO PRIMERO QUE LE TRAJERON FUE LA CAMA. Tenía que medir uno noventa de largo, pero medía dos con diez y, si se ponía paralela a la pared, chocaba con el zócalo que separaba el dormitorio de la pequeña galería con balcón a la calle. O sea, que había que colocarla en diagonal pero como medía uno cincuenta de ancho como todas las camas de matrimonio de La Gran Tienda Nórdica, un ángulo de la parte delantera interrumpía parcialmente la entrada al baño. Probó a ponerla en posición perpendicular, con la cabecera pegada a la pared, pero los dos diez de largo no dejaban entrar al baño; había que hacerlo de espaldas a los pies de la cama, con la cara paralela al hombro como el sacerdote de una pintura egipcia. Así que cualquiera de las dos opciones era desastrosa, aunque la más viable era la diagonal, que excluía la posibilidad de poner una mesa de noche con una lamparita para leer antes de dormir. Cuando acabó de llevar a cabo la alternativa menos mala se empezó a deprimir. Creía contemplar algo así como las consecuencias de un maremoto o un tornado. O un bombardeo que le hubiera reventado el techo dejando a merced de la gravedad terca la cama del vecino de arriba, caída ahora en su dormitorio, azarosa, fuera de medida y de lugar, signo de demolición. El vecino del sexto cuarta, un hombre solitario y completamente calvo que le había mirado un par de veces en el ascensor con una especie de melancolía cómplice. ¿Por qué? ¿Qué sabía de él aquel tipo?

Mira cómo has acabado, desperdicio de hombre, le retumba por dentro la voz de su padre al que se imagina sentado en la cama torcida intentando compensar

con el tronco erguido y la altiva cabeza plateada los ángulos contrahechos de ese dormitorio que solo podría pertenecer al fracasado de su hijo. Su padre, felizmente muerto hace tiempo, empleaducho de la Banca Sánchez de Cáceres, orgulloso el muy cretino de que pasara a llamarse Banco de Extremadura pocos años antes de su jubilación. Oscuro y resentido contra el mundo, azuzándolo siempre para que él lo sacara del pozo ciego y lo redimiera.

La tarde aquella, con siete u ocho años, en que escucha la novela de la radio en el sótano muy cerca de Teresina, la chica de servir de grandes pechos que él imaginaba rosados y se mete la mano entre los pantalones y se la nota tibia, prometedora...

Pero siente también una asechanza en el ambiente. Enseguida los ojos grises de su padre cerca de los suyos, luego su dios doméstico se endereza y Julián ve que lleva el cinturón en la mano. Duele mucho el zurriagazo en la entrepierna.

—¡Última vez que haces esa marranada!

Con un desconsuelo agarrado a la garganta se tumbó en el colchón cubierto aún por el envoltorio de plástico, se comprimió todo lo fetalmente que pudo y se tapó la cara con las dos manos en un esfuerzo fracasado por borrarse de aquella habitación y, ya de paso, del mundo, mientras le llegaba con claridad el ruido de la calle Mallorca a las doce del mediodía, amortiguado muy relativamente por los cristales climalit que la cursi de Ana Elena de las Fincas Isis le había presentado con la certeza de eficacia que él necesitaba para su refugio y, ya puestos, para el conjunto de su vida.

Pero no había que ir tan lejos, debía *domeñar* —le gustaba mucho esa palabra que “ordeñaba” el autocontrol— esa capacidad malsana de simbolización que condicionaba tanto sus estados de ánimo más negativos. Todo se debía, en la línea de causalidad más próxima, que era la que contaba, al hecho de haber comprado la cama con tanta precipitación, después de haber salido antes agobiadísimo por una puerta de emergencia de la Gran Tienda Nórdica tras el intento fracasado de comprar un sofá, y haber vuelto a entrar en el establecimiento en un estado de ánimo poco aconsejable para comprar nada menos que una cama para dormir en ella durante un tiempo indefinido.

Julián Entrevías Román se acababa de separar de Tina Rodríguez Mata. Hacía unos meses su hija Narja, que ahora no quería saber nada más de él, le había hecho notar la similitud fonética (eso se llama “paronomasia”, había precisado Entrevías, profesor de lengua de secundaria) entre los nombres de las mujeres que habían constituido el sucesivo eje de su vida afectiva en los últimos treinta años: la madre de Narja, Tanit, aunque en realidad se llamara “Conchita”; Cristina, y Tina, abreviatura redentora esta última de “Agustina”. Eso tiene su sentido, padre, deberías comentárselo a tu psiquiatra, había concluido Narja.

Pero volvamos a donde estábamos. En su primera incursión a la Gran Tienda el día anterior había empezado a mirar en la sección



de sofás-cama, porque necesitaba uno para el salón con forma de pasillo ancho. Se había sentado en uno rojo chillón que le podía alegrar la vida y era mullidito y confortable cuando vio que una mujer muy alta y gruesa se precipitaba hacia él blandiendo los brazos para un abrazo inminente. ¡Ana Isabel!

En los últimos meses se la había encontrado varias veces, demasiadas, cuando no la había visto nunca en más de diez años. Siempre le dejaba desorientado, aturdido, y luego le costaba recuperar su frágil normalidad. No soportaba su verborrea compulsiva y aquella sonrisa floja que ponía después de decirle: “Nunca cambiarás, Julián, guapo”. Cosa que repetiría ahora cuando le contara —nadie le obligaba a hacerlo, pero siempre lo hacía con ella sin saber bien por qué— las últimas noticias de su vida: que a los cincuenta y ocho años, tras muchos de relación de pareja finalmente responsable y adulta con Tina, a quien Ana Isabel conocía, se había vuelto a separar, es decir: la había vuelto a joder bien jodida y había dejado a la mujer que más estabilidad le había dado en su vida y con ella una perra labradora negra muy viejecita y una casa muy bonita en la parte alta del barrio de Horta. Todo ello para vivir ahora en un apartamento nuevo e impersonal en forma de pasillo ancho, con un solo dormitorio en cuyo suelo había follado dos veces sobre un edredón portátil, con una tía muy peligrosa y muy guapa que se llamaba Sonia y tenía veinte años menos que él. Maldijo, en la perspectiva inmediata de la sentencia anaisabelina, haberle pedido hacía treinta a aquella mujer alta y gorda que le miraba entre sorprendida y burlona que le dejara vivir en su casa los días que tardara en encontrar piso y se diera el caso de que ella solo tuviera un dormitorio y una cama y una noche su benefactora se hubiera arrimado demasiado mientras dormían.

—Nunca cambiarás, Julián, guapo.

A Ana Isabel le parecía horrible el sillón. Cuando lo metas en tu sala se te van a poner los pelos de punta, y con el melenón que tienes, hijo, te va a ocupar media casa. Así que tomándolo del brazo como si fuera el hijo que no tenía, el niño pequeño que se había empeñado en un capricho inaceptable, lo arrastró por la sección de sofás-cama hasta llegar a uno enorme y de un blanco fulgurante que prometía sucio desvaído en un futuro cercano. Este puede ser una opción... Bueno, podríamos mirar dos o tres y luego eliges.

—Oye, no me estoy pasando, ¿verdad? —preguntó Ana Isabel abriendo exageradamente los párpados y dejando caer la barbilla como si ella misma se pasmara de sí misma—. Es que cuando hay cariño una se puede tomar demasiada confianza. Tú me lo dirías, ¿eh?

Ella no sabía o fingía no saber que Julián no la correspondía en el cariño, pero seguro que recordaba su timidez, su temor a ofender o aquella dificultad tan suya para soportar situaciones de tensión en distancias cortas. Evidentemente no le iba a decir a Ana Isabel que se estaba “tomando demasiada confianza”. Podía, eso sí, pensarlo:

—¿Por qué no te vas a la mierda, gorda insufrible?

Y como no se lo dijo, Ana Isabel dejó fluir su cariño torrencial, le acompañó por la sección y se sentó con él en otros dos sofás abatibles, los dos tan blancos como el primero, mientras le repetía que seguía siendo el mismo pero que sus últimas experiencias personales y profesionales —las de ella— demostraban que ella era bastante diferente a cuando se conocieron. También que hoy tenía la mañana libre, porque los martes sólo daba clase por la tarde, así que podrían quedarse a comer allí mismo, en el restaurant de la Gran Tienda Nórdica muy bueno el salmón ahumado, aunque mejor el marinado, ¿él sabía hacer salmón marinado?, era muy, pero que muy fácil; en la pescadería tenían que abrirle un tronco, preferentemente de la parte de delante, quitándole la espina y dejándolo como un libro abierto, después... bueno, ya se lo explicaría cuando comieran. Que al grano, que de verdad se olvidara del rojo chillón, te va a poner todo el melenón de punta, otra vez la gracita sobre lo que ocuparía su pelo en su estado más crispado; en cuanto al sillón que debía elegir la cosa estaba entre el Cholust, el Kimmer y el Kiwick.

Miró a su alrededor. En el espacio de tiempo en que Ana Isabel le hablaba la sección se había llenado de gente y apenas se distinguían los sofás ocultos por una muchedumbre de parejas de distintas edades que deambulaban como autómatas desorientados y muchos niños corriendo de aquí para allá sin rastro de sus progenitores. El aire estaba viciado porque, según oyó decir a una dependienta, se había averiado el sistema de ventilación; más que hacer calor, faltaba el oxígeno. Miró a una familia cuyos miembros se sentaban alternativamente en un sillón de dos cuerpos, de color verde oliva mientras Ana Isabel le hablaba de hasta qué punto podía ser malvada su jefa de estudios. Era una familia latina, el matrimonio de unos cuarenta y pocos y cuatro niñas en escalera sentándose en turnos de dos en el sillón. Entonces Ana Isabel, que no había parado ni un segundo de hablar, le miró a los ojos intensamente; él se temió lo peor pero la mujer solo le dijo:

—Mientras tú encargas en el mostrador el que más te guste, yo voy al lavabo.

Julián se dirigió hacia la especie de templete elevado en el que una chica con el uniforme de la casa tecleaba algo y miraba la pantalla, subida en un taburete muy alto. La dependienta esperó con gesto de impaciencia a que a Julián le salieran las palabras, represadas en algún recodo de su cerebro.

—Querría que me llevaran a casa el Meroe pero, por favor —miró con alarma el pasillo por el que había desaparecido Ana Isabel—, que no sea en blanco, sino azul grisáceo o ese que llaman “ingebo oscuro”.

—Imposible —contestó la dependienta sin apenas mirarlo. Tapaba con unas gafas de concha redondas y gruesas sus ojos de un verde desvaído. Luego añadió: —Ni azul, ni ingebo, ni



blanco. No tenemos existencias de ese modelo. No creo que nos llegue antes de tres semanas, como mínimo.

—¿Y del rojo? —preguntó Julián, apenado.

—¿Qué rojo?

—Ese que está ahí.

—No lo veo. —Efectivamente, la muchedumbre lo tapaba.

—El rojo chillón.

—¿Pero cómo se llama: Erboe, Erebo, Norwich?

—¡Y yo qué sé!

—Pues si no lo sabe usted...

Un niño apostado junto al mostrador quiso dar una patada al que debía ser su hermanito más pequeño pero la recibió Julián, en la espinilla. El niño agresor tenía la mirada obtusa y le colgaba el labio inferior.

—¡Joder, niño!

Debió decirlo con gesto homicida, porque el mayor de los niños se puso a llorar.

—Si no quiere nada más podría dejar paso al siguiente, caballero.

—No, espere —le pareció que su voz salía sorda, ajena—. ¿Y ese otro? El Kiwick, creo que se llama.

—Ese lo tenemos y no lo tenemos.

Notó un calor muy subido en las mejillas. Sintió que alguien hablaba por él.

—Los lógicos llaman a eso principio de no contradicción, señorita. Es completamente imposible tener y no tener algo al mismo tiempo.

—Quiero decir que lo tenemos, pero el que está viendo usted es el último que nos queda y es para exhibición, caballero —le pareció que pronunciaba *exhibición* con una lentitud especial, como si él fuera tonto, y *caballero*, con indisimulada rabia.

El niño pequeño berreaba pese a no ser él quien había recibido la patada de su hermano mayor que ahora hipaba y subía y bajaba los hombros como un autómatas. Llegó corriendo al mostrador una señora baja y cuellicorta con el pelo crespo y unos pendientes rojos inmensos y se encaró con Julián. Por encima de la muchedumbre avanzaba la cabeza de Ana Isabel.

Segundos más tarde se percató de que corría hacia la salida siguiendo los pies azules pintados en el suelo. Dejó atrás dormitorios, mesas, sillas y cocinas, pero entrando en lámparas había tal colapso que apenas se podía avanzar. Entonces pensó en el corazón: la arritmia se le podía combinar con la tensión arterial y el ácido úrico y el infarto sería inevitable.

—Por favor, déjenme pasar, estoy enfermo.

Pudo avanzar varios metros entre bocas abiertas y ojos alarmados que lo

escrutaban. Lo miraban así porque debía de estar completamente blanco, un blanco tirando a azul, como aquella vez que perdió el conocimiento y luego el médico le dijo que no tenía nada. Consiguió llegar a menaje pero allí la cola anchísima ni se movía. Quiso volver a repetir por favor, estoy enfermo pero vio algunas mujeres abanicándose, con el gesto abatido, hombres de expresión concentrada y hosca, y no se atrevió. Un tipo empezó a gritar con las venas del cuello hinchadas y los puños cerrados en posición de asalto de boxeo. Le pareció que toda la figura respondía al movimiento reflejo de defensa del gran lagarto que todos llevamos dentro. Miró hacia detrás entre el mar de cabezas. Ana Isabel podía estar llegando a su posición, tal vez seguida por la señora de los pendientes rojos y sus niños berreantes. Entonces hubo una arremetida y el tráfico humano comenzó a fluir como si la mitad del tapón delantero de gente se hubiera evaporado. Julián pudo acometer el camino ahora franco hacia la salida tras gritar ¡no llevo nada!; cuando pasó por caja se precipitó hacia la primera puerta que vio y salió al exterior.

Lo primero que notó fue la brisa fresca que le acariciaba la mejilla. Lo segundo, el ruido insoportable de una sirena de alarma que no provenía de la calle sino del interior del edificio. Lo tercero, la cara a medio metro de la suya de un segurata alto y fuerte que le miraba entre perplejo y burlón. Luego se movieron los dos al unísono como en un paso frustrado de baile y se quedaron frente a frente. Había algo artificial, como de maniquí, en la forma de la cara del vigilante y su mostacho espeso y negro parecía pintado.

—Ha salido usted por una puerta de emergencia. Por favor, vuelva a entrar y salga por la salida de clientes.

Miró por encima del hombro del segurata. La amplia autovía, coches y autobuses marchando con un ruido potente y libre hacia su destino. Hizo un amago de huida, el pie izquierdo ligeramente adelantado, el derecho iniciando el despegue. No avanzó. Giró la vista hacia el segurata, paralelo a él. Estaba congelado en el mismo escorzo, como si Julián se estuviera contemplando a sí mismo en el espejo de una academia de baile.

—Por favor, caballero, vuelva conmigo al local y salga por donde corresponde.

Había un tono sofisticado y cantarín en sus palabras. Por-fa-vór-ca-ba-llé-ro; se podían sentir los acentos rítmicos y extrarrítmicos que él explicaba en clase de literatura.

—¡Y que viva la poesía! —declamó el guardia de seguridad.

Julián se le acercaba. El hombre le mostró las palmas de las manos para disuadirle. Luego giró las muñecas con lentitud como si fuera a esbozar un movimiento de ballet mientras inclinaba el cuerpo hacia su izquierda.

—Palabra en el tiempo —añadió el segurata con expresión grave y como triste.



## UN MONO EN EL ESPEJO

Volvieron a entrar juntos. Tras unos segundos de tiempo muerto el empleado se tocó la cabeza y luego hizo el gesto de levantar una gorra invisible con una mirada que podría ser de complicidad. Cuando Julián, instantes después, abandonó el edificio, ahora por la puerta que tocaba, caminó por la acera de la autovía con la identidad oscurecida y la imagen de un corazón a punto de partirse en dos como una porcelana china tras el manotazo descuidado de un niño. Avanzó con las piernas temblonas, el corazón casi audible tras la caja torácica pese al ruido del tráfico, hasta encontrar una cafetería limpia y moderna. Se sentó en una mesa apartada y pidió una tila. Luego entró mentalmente en su corazón e intentó amortiguarlo tal y como le había enseñado su psicóloga alternativa, Dina Adonáis. Se bebió lentamente la infusión y cuando se sintió más sereno, casi media hora más tarde, reparó mentalmente en el guardia de seguridad. Lo había olvidado por completo y ahora se le aparecía con la evidencia de la verdad incómoda que nuestro inconsciente nos ha ocultado, bromista, detrás de la lámpara. Aquella forma lírica de hablar potenciando el ritmo de intensidad de cada frase, en realidad, cada verso, haciendo una ligera pausa tras cada una de ellas para no dejar el menor margen de duda sobre su propósito con la exclamación final: “Y que viva la poesía” y después, machadiano: “palabra en el tiempo”... ¿Qué le había querido decir? ¿Quién era en realidad aquel tipo? Y el saludo final, con aquel gesto tan limpio de pinzar entre el dedo pulgar e índice la visera de una gorra de aire para levantarla unos centímetros de la cabeza... ¿estaba Tina tras todo eso? Una vez, cuando él se veía furtivamente con Sonia, le había contado una historia sobre un compañero suyo de la universidad que le había puesto un detective a su mujer porque creía que lo estaba engañando. Efectivamente, el bigote parecía pintado o él se estaba volviendo loco. Miró el reloj. El corazón volvía a latirle con fuerza. Tenía que visitar a Nora Peinado, a quien hacía mucho tiempo que no veía, para que le recetara Trankimazín Retard. Las técnicas sofrológicas de Dina Adonáis no le acababan de funcionar. Alterado, cardiópata, lo que fuera, era preciso volver a la Gran Tienda Nórdica para comprar al menos la cama. No podía dormir, como la noche anterior, en el suelo, sobre el edredón que le había regalado su amiga Pilar Gutiérrez, la ex directora de su instituto.

Y volvió a la tienda y se compró la cama más grande que encontró. Se la habían traído antes de veinticuatro horas, como le aseguraron. Ahora estaba tumbado sobre el plástico que cubría el colchón grueso y rígido. La precipitación, la puta ansiedad de siempre, que le habían llevado a comprar la cama equivocada para las cuatro paredes de su dormitorio y el espacio que ellas dejaban libre.



[www.loslibrosnomuerden.com](http://www.loslibrosnomuerden.com)

[contacto@poebooks.club](mailto:contacto@poebooks.club)

Facebook: [www.facebook.com/poebooks/](https://www.facebook.com/poebooks/)

Twitter: @PoeBooks

Instagram: [los\\_libros\\_no\\_muerden](https://www.instagram.com/los_libros_no_muerden)

Instagram autora: [paulatorresgorzarri](https://www.instagram.com/paulatorresgorzarri)

Pinterest: [es.pinterest.com/loslibrosnomuerden/](https://es.pinterest.com/loslibrosnomuerden/)

